LOS DEMONIOS DE VYSEHRAD

DVD poesía, 14

LOS DEMONIOS DE VYSEHRAD

ANTONIO RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

DVD *ediciones*

Diputación de Córdoba

Colección dirigida por Sergio Gaspar y José Ángel Cilleruelo

Primera edición: marzo de 1999

© Antonio Rodríguez Jiménez, 1999
© de esta edición, Diputación Provincial de Córdoba, 1999
© de esta edición, incluido el diseño de la cubierta,
DVD *ediciones*, S.L. 1999
Padre Claret, 21 - 08037 Barcelona
ISBN: 84-95007-09-6
Depósito legal: B - 6.146 - 1999
Diseño de la colección: Sergio Gaspar
Impresión y encuadernación: Romanyà/Valls, S.A., Capellades

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión totales o parciales de este libro, incluido el diseño de la cubierta, por ningún medio o procedimiento, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso por escrito del editor.

LOS DEMONIOS DE VYSEHRAD

A Jean Dominique Bauby,
en homenaje al primer hombre
que no entregó su vida hasta que aprendió
a expresar a través de sus párpados
edo lo que sentía, inmerso en un estado de inmovilidad permanente.

I

VYSEHRAD

UNA HEBRA DE ESPLENDOR

Amanece porque un hilo de luz, una hebra de esplendor
[acaricia
la suave tela del párpado. Los campos estarán fríos
en este otoño vestido ya de guirnaldas azules.
Huele, siento, respiro esa humedad de olivos
a punto de estallar. Oigo el zumbido de las abejas
que beben incansables de los viñedos.
El cielo es cristalino porque septiembre limpia
el aire y las praderas, las hierbas, el canto
gris de los pájaros, impregnado del color de los ojos,
transformado en memoria.
Los perros ladran junto al pozo cubierto por palos y viejas
cajas de frutas.
Los madroños crecerán pronto.
Florecerá la jara y las encinas lucirán sus galas mejores.
La hierba huele y suena como un violín.
No hay mariposas aún, sólo crisálidas encendidas en las
[piedras
del bosque. Sólo arpegios, notas fundadas,
naturalezas a punto de extinguirse.
Ni siquiera la realidad es mía.

LOS ÁRBOLES DEL BOSQUE SLAVKOVSKY

A veces pienso que estoy postrado
en la cama blanca de un hospital. Parece un balneario.
Karlovy Vary, al oeste de Praga.
Rezo ante la colina de las tres cruces.
Admiro la columnata del Molino
y Santa María Magdalena, protectora iglesia Termal.
Bebo agua a 70 grados centígrados de las sesenta fuentes.
No veo el mar. Sólo jardines inmensos e ilustres visitantes
que algún día pasado pisaron la elegante ciudad del valle.
Es sábado y bebo también cerveza negra
traída de U Flekú.
Ingiero becherovska de Bohemia y silvovice dulce
como un veneno letal.
Allí están los paseantes ilustres:
el alma en pena de Rilke,
el alma atormentada de Kafka,
el alma mágica de Antonín Dvorak,
el alma triste de Goethe,
el alma seria de Schiller.
Paseo junto al poeta polaco Adam Mickiewicz
y al escultor Bretislav Werner.
Smetana evoca las bellas calles

de la ciudad en la que confluyen
los ríos Teplá y Onhré,
abrigados por las montañas
Krusné y Doupovské.
Subo hasta la cima por entre los árboles del bosque Slavkovsky
y desde la alta atalaya me siento feliz.
Respiro mi nueva naturaleza de pájaro, la armonía
de los ojos, el compás del cielo en mis pupilas.

EL LENGUAJE DE LOS PÁRPADOS

No bajes la voz. Nadie vendrá a escucharte.
Tras el cristal está el vacío:
una nada gigante
que mantiene un mundo confuso,
oblicuo, aparte, al que no se puede acceder por las galerías
desiertas de ese corredor.
Déjate llevar por la ingravidez de tus sentidos.
Deja que los demás hablen por ti.
Tus parpadeos son hermosos.
Tan cálidos como el aliento de un ángel,
tan frágiles
como las alas de esa vieja mariposa
que acaba de nacer.

EL CAMPOSANTO DE VYSEHRAD

Soplaba un viento de julio sobre el Moldava,
los barcos se divisaban lejanos junto al célebre Puente Carlos.
Ellos me miraban con sus ojos de fuego.
Eran los demonios terribles de Vysehrad.
Un mundo dentro del mundo.
Praga posee la belleza de un sueño,
pero también alberga el horror de los vampiros,
de seres inhumanos bañados en iglesias.
En el amurallado Vysehrad se alza un cementerio
excéntrico. Apunté febril cientos de nombres famosos.
Escultores, pintores, poetas y músicos yacían en el camposanto
del recinto que se yergue sobre el río.
Me brotaron lágrimas cuando el arte y la muerte se mezclaron
y mi corazón se ensanchó como el día anterior ante la tumba
de Kafka, mi cabeza cubierta como un judío, en Olsany.
Perdí el cuadernillo de los mil nombres
y desde entonces siento la desgracia del mundo como un mensaje
de anónimos escritos en la arena de una playa.

EL CORAZÓN DE VESTA

Escribía nombres sin rostro en árboles, en troncos, en hojas.
Sentía el fluido de ojos familiares
que desconocía por completo
y trataba de recogerlos en los confines
distraídos de la memoria.
Construía frases gigantes, castillos, bloques de cuerpos,
montañas de labios.
Súbitamente llegó Vesta, la diosa de las enfermeras,
mi primer y último lazo con los seres vivos.
Separada, dos preciosas hijas de 17 y 13, y su vida dedicada
a los convalecientes.
Vesta comenzó a explorar los confines de mi cuerpo,
esa misma cáscara insensible que en el pasado amó tanto.
Me mostró su corazón ante el silencio
ruidoso de mis párpados.
Yo no pude abrirle el mío, cerrado por un tiempo.
Nunca logré explicarle que mi mudez era la muerte.

YA ES TARDE, AMOR
(Sexteto en re mayor)

Ya es tarde, amor, no parpadees.
Deja de atormentarte, tu sueño
sigue intacto. Porque esa silueta
que desea ascender y perderse, ese
REcuerdo que flota en el aiRE
es lo único que debes mirar.

SILUETA AL FONDO DEL PASILLO

Huyes lentamente como la silueta
lejana del final del pasillo.
Te lanzas al vacío buscando la mirada de un ojo
a través de una puerta.
Pero tus latidos están ahí como los de aquella mujer
que cantaba en la ópera.
Bajo una fina hierba de lluvia,
prendido en tu figura pálida,
no pude levantar ni una molécula.
Todo se redujo a un manto de tristeza.

MÁS ALLÁ DEL PUENTE PRASNY

Más allá del Puente Prasny, los jardines reales.
Un viejo lugar de recreo donde las plantas acarician
el aire con aromas de colonias silvestres.
Sólo hay árboles y cantos de pájaros. Tilos, fresnos, cerezos
y un gigantesco roble que desafía la pequeña fuente cantarina
del antiguo pabellón cercano al célebre castillo.
Perdido algunas horas por Hradcany llegué a la cima extenuado
para verte desnuda en un atardecer de colores violáceos.
Duele la calle Úvoz, herida en un campo de flores,
junto al lejano río donde los barcos hablan cuando la brisa
humedece tus pupilas, cercana ya la noche.

COMO LAS PESTAÑAS DE UN CÍCLOPE

Tu alma:
no tienes alma ya.
Porque eres sólo una corriente
de aire suave,
el huracán que agita
las pestañas de un cíclope,
un verbo sin tiempos,
primigenio como la naturaleza
de un árbol.
Al fin has reparado en el hilo
que sostiene tu existencia.
Quieres romperlo
porque ya no ves más allá
de los ojos.
Es el espejismo del tiempo que se posa
en tu figura helada,
que desea instalarse en el eco
paralizado de tu espíritu.

TEMPLO DE POSEIDÓN

Te recuerdo en medio de las piedras y la historia.
Tu mirada, unos ojos azules extremados,
aguardaba, expectante, en Cabo Sunion
la puesta de sol que conmovió a Lord Byron
y a otros distinguidos personajes de Inglaterra.
Eran las nueve de la noche de un verano.
El sol estallaba en las sienes
y un viento suave
se mecía bajo los perfiles húmedos.
No había árboles, sólo piedras y turistas
que mostraban cientos de cámaras.
Era el último minuto.
Atenas gemía a lo lejos.
Los barcos entonaban sus bocinas.
Súbitamente sonaron todas a la vez.
El horizonte engulló al sol como un lúgubre emisario,
y el paisaje fue una selva de brazos
y recambiables trípodes mecidos por las olas
de un mar multicolor en noche griega.

ÚLTIMAS VOLUNTADES

Los domingos y los días de fiesta
vienen mis colegas a verme.
Sus esposas me obsequian con flores
que huelo, sin inmutarme, por cortesía.
Los más allegados
ya empiezan a captarlo
porque han aprendido
el ritmo de mi párpado móvil.
Algunas tardes se reúnen en el cuarto.
Yo me abstraigo y sus voces
son ecos lejanos
de palabras vacías.
Pero me gusta
que una vez por semana
se preocupen por mí. Aunque con el tiempo
muchos se han ido alejando
y donde había diez ahora hay cuatro.
Soy como lápida de cementerio mustia de flores.
Desde que saben que he vuelto a escribir,
vienen de dos en dos,
de tres en tres, de seis en seis
y antes de citarse

se consultan los atuendos,
procuran que las corbatas no coincidan,
tratan de no ponerse los mismos
estampados en las faldas.
Ellas sólo visten ropa interior negra
porque saben que a este moribundo le apasiona
y están empeñadas
en satisfacer mi última voluntad sexual.

Has perdido el silencio secreto de las horas,
el instante que roza la garganta
cuando el tiempo es sólo el deseo
de una mariposa
que aletea en el vaho mortal de la escafandra.
Tu piel es una lluvia de polvillo blanco
que cae como la niebla de un bosque
en una noche de invierno.

EL UNICORNIO DE STROMOVKA

Vive en el jardín, junto al templo,
en el parque Stromovka,
oculto en las cataratas de los ríos del bosque.
Puede quedar inmóvil durante un día,
los ojos cerrados, la cabeza erguida,
y allí donde come, las ramas se pueblan de abundantes frutos.
Lo vi paralizado, como un árbol bajo la lluvia.
Estaba junto a sus hermanos los avarium, los nimbi y los
[killina.
A veces, una ráfaga alza su cuerno larguísimo,
como un estandarte desdoblado en el cristal,
y tiene la cualidad de vagar en mis sueños.

HUMOR Y PRISIÓN

Hay días en que no me falta el humor,
aunque he de confesar que son muy pocos.
Llevo aquí más de ocho meses.
Un profesor iconoclasta me hizo sonreír.
«Querido amigo, sería peor si estuvieras encerrado
en una mazmorra medieval». Le mostré mi discrepancia
invitándolo a acompañarme durante 60 segundos.
Se introdujo por uno de mis ojos. Le dejé sitio
y cuando sólo habían pasado tres me rogó que le abriera
[la puerta.
Dijo que sentía claustrofobia.
Era la primera vez que dos individuos
compartían prisión en un miserable cuerpo humano.

CUERPO INGRÁVIDO

Porque tu cuerpo es ingrávido, impreciso,
sabes que de un momento a otro se abrirá
dejando escapar la bella mariposa de tu alma.
Espera, bébela, no tengas prisa,
saborea los últimos instantes.

ANÉMONA SILVIA

Abril derrama sus sonidos
por las viejas laderas del monte Petrín.
Son blancas y comparten el suelo,
damas silenciosas que de sueños cubren
iluminados rostros de niños diminutos,
el fondo tupido de un bosque de robles.
Poseen la belleza de un suspiro atrapado
en una flor que vive en los campos
de Praga, la antigua ciudad.

DESÓRDENES DE LA MEMORIA

Sonreías y tus labios eran desórdenes de la memoria.
Los muebles en el suelo: jarrones caídos,
tableros y libros sobre las baldosas,
y una gran avenida con trenes eléctricos.
Entras esquivando el miedo,
esa selva insegura que producen los otros,
y sales, reconfortado, al viejo paraíso de la infancia.

ECO DE UN DESEO

Te encontré dormido en el jardín de un templo
que navega el dios Neptuno.
Allí donde la sirena danesa cabalga sobre un fauno,
el prolongado misterio de tu vida flota.
Sólo tienes que levantarte del lecho
y atraparlo.

II

LA TORRE DEL RELOJ

PASEO BAJO LA LLUVIA

Odio la Torre del Reloj, las calles frías
y diminutas gotas que anuncian el invierno esquivo.
Todo está intacto. La habitación vacía.
Los libros, como copas de cristal, han borrado
sus renglones, disipado las líneas.
Paseas bajo la lluvia de Londres
y una humedad en la nuca
es el indicio de tu delicada presencia.
Aunque me pese,
eres ya mi fantasma,
el eco desnudo de mi cuerpo.

ENCUENTRO SÚBITO EN LA TORRE DEL CAMPO DE MARTE

Desde mi cama podía ver sus huesos metálicos.
Su aspecto irradiaba un vaho
de frialdad permanente. Cuando en invierno
se mojaba huían los turistas
y el Campo de Marte lucía un manto de guerrero enjaulado.
Bajo la lluvia te hallé agazapada en la memoria.
Un barco de cristal verde
surca los últimos instantes de la noche.

PÁJAROS EXTRAVIADOS

Los relatos se deslizan como pájaros extraviados
a tus pies, midiendo el oblicuo perfil de tu silueta.

MUROS VACÍOS EN EL JARDÍN

Junto al rostro de este helado invierno,
cuando desaparezcan tus ojos
y no contemple ya el color de las flores
de Versalles, las fragancias azules que bebimos,
¿a dónde mirará mi único ojo dormido
entre las sombras de Saint-Paul?
¿Caminaremos juntos
para ver a Diana en el château D'Anet?
Me aferro a los hilos de tus labios,
mi único asidero,
y ardo, como la rama
de esa encina viejísima
a punto de extinguirse.

UN MAR QUE HUELE A SOMBRAS

Los días eran demasiado tranquilos,
la existencia, una prosa oscura, grisácea.
A veces el calor empañaba las tardes.
Nunca pensé que mi deseo se cumpliese.
Porque, ahora, mi cuerpo es un rayo
lúcido. Su energía, lo que siempre deseé:
músculo gris, pensamiento.
Puedo repasar los instantes más ínfimos,
sus diminutas partículas.
Siento que la eternidad es infeliz,
atrapada, en mi cerebro.

¿Todavía estás ahí? ¿Qué aguardas?
Esperaba verte volar como un pájaro negro y te observo
como un músico borracho, enjaulado en un tugurio.
Ya no mueves el párpado. Has perdido la única lágrima.
Ahora estás como la piedra, la roca o el árbol.
Atraviesa conmigo los confines,
rompe contra el océano, cruza sobre esta lava hirviendo
que se transforma en ceniza.
Vuela ya. Te esperan:
la vieja montaña te aguarda.

EL TEMPLO DE LOS CIPRESES

Brotaban plantas y criaturas extrañas
entre las columnas del templo.
Olía a incienso y a polvo
de capiteles dóricos.
Tú, agachada, escarbando en la memoria
de las religiones, acariciabas un cuerpo desnudo.
Llovía. La humedad se instalaba en tus labios
para huir del sabor de los árboles,
y los cipreses griegos invadían los caminos.

LA SOPRANO

Las ideas vuelan
como pájaros que huyen
de una lluvia roja.
Admiraba sus ojos
como quien contempla ópera.
«Dalibor», «La novia vendida», «La clemencia de Tito»,
«Don Giovanni», en el Teatro de los Estados.
Garganta dulce, de oro, lengua rica, dientes de caramelo,
un torrente de luz bajo la nieve.
Desde entonces amo a todas las sopranos del Universo.

LAS FRASES

Mi locura en tus labios,
gacela que se asoma por entre las zarzas
para atraparlo todo en miradas huidizas
como el temblor de las frases.

ASCENSO A LA TORRE DEL RELOJ

Mikulás de Kadan me acompañó hasta la torre
del reloj oculta en Staromestské námestí.
Los vi agazapados en las cornisas
de la iglesia del Tyn,
junto a agujas coronadas de estrellas
y picos sutilísimos ensartados en un cielo plateado.
Eran seres amorfos, negros,
vidriados ojos rojizos,
babeantes cuerpos de piedra.
Grandes brazos de roble,
que intentaban apoderarse de mis restos,
me hacían señas
en el aire de la plaza vieja.
Sabían que el mundo caía a mis pies,
que mi existencia rodaba por los suelos.
Ignorábamos el poder de aquel ángel
que preside el Palacio Toscano,
cuya espada quebrada
mantiene condenadas, en una lluvia de estatuas,
a todas las almas negras de Vysehrad.

VEINTIÚN GRAMOS DE ALMA

Veo el reflejo
impregnado en las cortinas del cuarto.
El resplandor del techo,
las manchas de humedad,
las líneas de escayola cuarteada.
Mi existencia es vuelo
y luces, como si mi alma pesara
veintiún gramos.

REENCUENTRO

Miraba cada arco, cada flor disecada en el tiempo,
cada rastro sencillo de su vida anterior.
La forma sutil de sus labios.
Con sus manos intentaba
acariciar el diminuto pájaro de colores
brillantes, tropicales.
Paseamos toda la noche por su jardín del edén,
aquel lugar de amor diez siglos antes,
un palacio arruinado de columnas de piedra.

LOS VENCEJOS ALGUNAS TARDES

En la ingravidez de los vencejos
sueño la geografía urbana de los puentes.
Me zambullo y sólo veo seres diminutos
burlados por los grandes edificios de colores.
Todo vale en la selva, hasta este fuego.
Me queda poco tiempo para entrar en las arcadias.

TIERRA DE CLORI

Clori toca su anillo, mientras la sangre púrpura cae
buscando el centro del pecho por los confines mudos
de su dulce mano.
Ella corre traviesa como una niña que juega enloquecida.
El mar salvaje de los campos irradia
verde como una hierba a punto de música,
marfil y sombras en los chopos blancos,
cal en el envés de las hojas de los olmos,
frescor en los pétalos de las amapolas,
perfume rojo, intenso en unas flores amarillas
como lucecitas dibujadas en un libro de canciones.
El viejo poeta caminaba, negro como un vampiro,
por las antiguas veredas de Trassierra.
Recogía setas en invierno,
y en sus rezos aparecían céfiros, sepulcros
y hasta la memoria del infierno.
Mientras acaba mi tiempo, como esas antorchas
que se apagan lentamente, Vesta me habla de Tetis,
de la vana rosa, de la memoria de la muerte,
de ese gigantesco Polifemo que derrochaba
amor por su único párpado, por su exacta y redonda visión
de su universo opaco.

UN LABIO APRESURADO

Aquella gota de miel sobre mi LABIO,
los copos de nieve en tu cintura,
y el tacto: una fiesta de calores
salvajes. Espera, aguarda un poco,
NO VAYAS TAN DEPRISA por las viejas ciudades de Europa.

III

LA LUZ DE ASALLAM

CELETNÁ

Tras aquel largo verano que paseamos por la vieja
calle Celetná, camino de Karlova,
para ver una linterna deleznable,
perdí la pluma en casa de los Kafka,
mientras el cielo escupía los últimos ocasos:
Caretto Millesimo, Buquoy, Menhart. Sobre las casas,
nieve, un espesor antiguo en la noche desierta.
Los pasos que atraviesan Malá Strana
exhalan lo más noble
de sus torres doradas, perdidas sin pasiones
en el gran castillo
donde se asienta la leyenda del callejón de oro.
Te vi perdida en la vereda blanca,
muy cerca de la tumba
del conde Vratislav Mitrowicz, y comprendí que aquélla
sería mi ciudad.

UN REFUGIO DE SOMBRAS Y CIPRESES

Junto al convento de la beata Inés,
saboreabas en la brisa fría de verano el aire de un cercano
[invierno,
cubiertas de nieve las colinas
que bordean el castillo de Konopiste.
Quiso huir de mí el loco
que corre tras su sombra
fundida en la capa húmeda de la nieve
y atrapar tu cuerpo al trasluz de las vidrieras.
Te abracé en Santa Bárbara.
Más tarde, abrí los ojos y el cielo
era un trozo de luna en el desierto.
No había nadie junto al río:
Bohemia, el universo azul; Eslovaquia,
un refugio de cipreses blancos
y helado temblor de cristales
que estallan junto a la Casa de Piedra.
Avanzan los bosques como soldados que sufren
en los viejos albores de la guerra.
Subimos a una barca por los meandros
del Moldava. Sonreías y el amor era una flauta con notas
que traspasan los oídos.

Los jardines entonan himnos de tristeza
conscientes de ser el alma verde de las casas.
Oscurece en un crepúsculo empañado
de telones que bajan
como cuando el océano es un mar irrepetible.

UNA MOTA DE POLVO

Tú,
ese punto perdido
que se esfuma
como una mota de polvo
junto a un libro,
en el viejo cajón
de la cómoda.

VIOLINES SOBRE CÚPULAS DORADAS

Todavía las recuerdas calladas,
dejándose llevar hasta Skalka.
¡Oh, Dios, cuánto dolor se acumula en el pecho!
El metro aguarda envuelto en una fugaz estrella.
Pavlova, Vysehrad, Roztyly, Háje.
La ruta roja es como el lado oculto de un sueño.
Llegas a la isla de Kampa y se abren todas las iglesias
que envuelven Hradcany mientras observas las doradas
[cúpulas,
bebes el agua de las mariposas
y un mundo se rinde a tus pies. No obstante,
volverás a los palacios,
y ese día ellas te sonreirán de nuevo
y escucharás todos los violines
de tu vieja ciudad.

EL ÚLTIMO ASIDERO
(Invocaciones)

Soy el diminuto templo de los insectos.
OJALÁ todos los moribundos de la tierra
tuvieran la oportunidad de repasar sus días
con esta precisión de coma crónico. OJALÁ todos los poetas
del Universo pudieran expresarse con la perfección de los
[ojos.
OJALÁ todos los párpados pudieran escribir.
Sólo el amor me retiene. Es el último alimento,
eso que los antiguos llaman eternidad.

ESTATUAS DE CARNE

Apenas sientes sueño en el temblor ligero
y húmedo de los cipreses. Las catedrales saben
que al final del camino la miseria te espera
por muchos rezos y canciones
que protejan tu sencilla silueta.
En el resto de los templos, arpegios
renacidos en viejos libros sacros.
Mientras tú te escabulles oculto entre las páginas,
la historia se detiene en medio de un murmullo
junto al viejo pedestal de una estatua del parque.

EL MANTO DE AZABACHE

Una luz azabache siente que pasas de puntillas.
Te ocultas de los árboles, huyes de los océanos
porque temes a las criaturas marinas.
Pero siempre me encontrarás allí, entre las piedras,
las rocas del fondo, entre la espuma
y los belfos de animales salvajes, entre las ramas
de gigantes que gritan ofreciendo sus ojos
al temor de los hielos. Siempre estaré esperando bajo
el temblor de tus lágrimas. Siempre aguardando, siempre
pendiente del hilo húmedo que cae de tu lengua
cuando miras en lo más hondo de mis ojos.

LA LUZ EN ESPIRAL DE ASALLAM

Tú eres como él, de esa raza antigua,
de la Hermandad que camina entre las bestias sagradas
de un Universo donde jamás existieron hombres.
Guarda el manuscrito hallado en el jardín praguense,
regresa a Shamagim, aunque sepas
que nunca volverás a la memoria de Asallam,
el primer Unicornio entre los nacidos.

SONRISA EN EL CRISTAL

La sombra tiene un espacio
en el fondo del cuerpo que la acoge.
Te fuiste como una tormenta de mercurio
y te he perdido como quien pierde la niñez.

RITMO NEGRO

Ya queda poco tiempo.
Se oye el chapoteo
de los cangilones,
el crujido de la noria,
las últimas palabras
de los amantes.
Mi corazón late despacio,
posee el ritmo negro
de aquellos mirlos
de la isla verde
que rivalizan con el zarzejo
y el carricero de los cañaverales,
aterrorizados
en las tardes de estío
por la veloz garduña.
Camino muy despacio
hasta la orilla del río
para ver las siluetas lejanas
de seres diminutos
o las hojas amarillentas de los arces.
El aire se ausenta,
se desvanece el deseo,

la existencia se acurruca
como lava seca,
mi humanidad ennegrece.
El telón cae.

CUANDO SE PIERDE LA CAPACIDAD DE ASOMBRO

Nada turba mi frente.
Nada me aterroriza, a nadie temo.
Mi cuerpo es una silueta dibujada en el vacío.
Mi mente ya no es recuerdo. Sólo pienso.
Quisiera de todos modos volver a ser aquel muchacho.

ÍNDICE

I. VYSEHRAD

Una hebra de esplendor 13
Los árboles del bosque Slavkovsky 14
El lenguaje de los párpados 16
El camposanto de Vysehrad 17
El corazón de Vesta 18
Ya es tarde, amor (Sexteto en re mayor) 19
Silueta al fondo del pasillo 20
Más allá del Puente Prasny 21
Como las pestañas de un cíclope 22
Templo de Poseidón 23
Ultimas voluntades 24
Las alas atrapadas en la escafandra 26
El Unicornio de Stromovka 27
Humor y prisión 28
Cuerpo ingrávido 29
Anémona silvia 30
Desórdenes de la memoria 31
Eco de un deseo 32

II. LA TORRE DEL RELOJ

Paseo bajo la lluvia 35
Encuentro súbito en la Torre del Campo de Marte 36
Pájaros extraviados 37
Muros vacíos en el jardín 38
Un mar que huele a sombras 39
Latidos junto al corazón parado 40
El templo de los cipreses 41
La soprano 42
Las frases 43
Ascenso a la Torre del Reloj 44
Veintiún gramos de alma 45
Reencuentro 46
Los vencejos algunas tardes 47
Tierra de Clori 48
Un labio apresurado 49

III. LA LUZ DE ASALLAM

Celetná 53
Un refugio de sombras y cipreses 54
Una mota de polvo 56
Violines sobre cúpulas doradas 57
El último asidero (Invocaciones) 58

Estatuas de carne 59
El manto de azabache 60
La luz en espiral de Asallam 61
Sonrisa en el cristal 62
Ritmo negro 63
Cuando se pierde la capacidad de asombro 65

LOS DEMONIOS DE VYSEHRAD
SE IMPRIMIÓ Y ENCUADERNÓ
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ/
VALLS, EN CAPELLADES,
DURANTE EL MES
DE MARZO
DE 1999